

TRAS LAS HUELLAS DE SILENO. IMAGENES DEL CONOCER

JORGE PÉREZ DE TUDELA VELASCO
Universidad Autónoma de Madrid

The purpose of this paper is to appeal, even though quite shortly, to some of the problematic dimensions involved in a cognitive capacity certainly enigmatic: the power of remaking the stream of experience, concluding, not only causes from effects, but also relevant facts from their signs. This capacity may be found in the basis of the most primary possibility of finding one's way in the world, being thus the support of a development in reality to which philosophical reflection has paid much attention in different ways. It has been Charles Sanders Peirce's excellence which made us know that this mechanism of knowledge responds to a rational pattern: the first step of every investigation, the abductive form of inference, that is one's own adoption to an interpretative hypothesis about facts. It is quite clear that the matter we here dealt with, is the relationship what is perceptible and what is intelligible, taking into account all the meaning of those words.

Nosotros, los hombres del hoy, administramos nuestra cultura de una forma peculiar. Nuestro legado, ciertamente, es plural, extenso; y tan rico en tradiciones que bajo su techo todos pueden encontrar cobijo: tanto aquellos que se deleitan repasando las páginas del álbum familiar como quienes, por su parte, más bien quisieran sepultarlas en lo más hondo –y a ser posible para siempre–. Así que una y otra vez volvemos a remontar el río, seguros de encontrar la fuente que nos hace falta. Pues la nuestra es, para bien o para mal, una civilización obsesionada por el ser y por lo positivo, por lo verdadero y exacto; una civilización, en consecuencia, que ama lo etimológico, siempre a la búsqueda de un origen más antiguo, de un pasado más “auténtico” y “primordial”. Ese retorno, por lo co-

mún, nos devuelve a los griegos; y también por lo común éstos suelen ofrecernos una lección de unidad envuelta en tragedia. Tomemos el caso de Edipo, Edipo con quien sin duda hace tanto que envejecemos ¹ –ese ciego sin edad que quién sabe si ya nunca volveremos a recibir–. ¿No es él, a lo que parece, el mentor y referente constante de científicos y detectives, de médicos y descifradores de enigmas, de todos aquellos que interrogan y buscan? ¿De cuantos han llegado a hacer suya aquella magnífica súplica –*herméneue moi*– que Sófocles atribuye al legendario anciano arribado a Colono ²? Pero los conflictos, lo sabemos de siempre, no cesan de desgarrar esta figura imponente y maciza, cifra misma del hombre incapaz de abandonar la pesquisa. El mito –y Sófocles– no narran en efecto sino ésto: cómo el salvador de la ciudad atrae sobre ella la peste; cómo el hombre que podría codearse con los dioses resulta ser un monstruo abyecto; cómo el que vio se quita, habiendo visto, su propia vista. Y es que el mejor de los mortales (*broton áristos*) ³, el primero de los hombres en circunstancias de la vida y convenios con las deidades (*andron dè proton én te symphoraís bíou...én te daimónon xynallagaís*) ⁴, timonel de la nave ciudadana (*kybernetes neos*) ⁵, que como ciudadano se dirige terminantemente a ciudadanos (*astòs eís astoús*) ⁶, no tiene en verdad más paisano, más madre ni nodriza que el monte Citerón ⁷: el único lugar del mundo, una vez consumado el espanto, que aun no debiendo haberlo hecho nunca, podría acogerle de nuevo en propiedad ⁸.

Pero Sófocles, aquel medio ateniense, no sólo escribió cosas oscuras y terribles. Cierto es que la tragedia edípica, tragedia en torno al tiempo y a los surcos, en torno al saber y al azar, parece concentrarse entera en ese preciso instante en que su protagonista grita el nombre de Apolo (*Apóllon tát'en, Apóllon, philoi*) ⁹. Y cierto es que esa misma tragedia ha cantado antes a su hermano Hermes, que señorea en Cilene ¹⁰. Sobre añagazas y (falsas) pistas, sobre persecuciones y enigmas, podían y debían contarse también, sin embargo, otras historias de ambos hermanos. Relatos tan divertidos como aquél llegado hasta noso-

1. Jacques DERRIDA: *Mémoires d'aveugle. L'autoportrait et autres ruines*. Editions de la Réunion des Musées Nationaux. París, 1990, p. 24: "Oedipe fatigue un peu, nous avons vieilli avec lui".

2. SOFOCLES: *O. C.*, v. 398.

3. SOFOCLES: *O. R.*, v. 46.

4. *Op. cit.*, vv. 33-34.- Agustín García Calvo traduce: "...el primero de los hombres / en casos de la vida y tratos con deidades..." (Edipo *Rey*. Versión rítmica de..., Lucina, Madrid, 1982, p. 16).

5. *Op. cit.*, v. 923

6. *Op. cit.*, v. 222.

7. *Op. cit.*, vv. 1089-1092 (ed. A. C. Pearson, Oxford, 1924), vv. 1089-1091 (ed. H. Lloyd-Jones y N. G. Wilson, Oxford, 1990).

8. *Op. cit.*, vv. 1391-1393; 1451-1453.

9. *Op. cit.*, v. 1329.

10. *Op. cit.*, v. 1104 (ed. Pearson).

tros —entre otras fuentes— en el himno homérico “A Hermes”¹¹, que el propio Sófocles desarrolló a su manera en un drama satírico, “Los Sátiros Rastreadores” (*IXNEYTAI SATYROI*)¹², cuyos fragmentos todavía hoy nos hacen reír. Dice en efecto la leyenda que apenas nacido, Hermes, hijo de Zeus y de la ninfa Maia, nada más mostrar su inventiva a costa de una tortuga probó también fortuna como ladronzuelo y disimulador, robando las vacas del dios délfico e intentando —con éxito— que las huellas dejadas tanto por aquéllas como por él mismo pareciesen ilegibles, por desconcertantes y confusas, para cualquier posible investigador. ¿Y quiénes mejor para llevar a término dicha investigación, a juicio de Sófocles, que Sileno y su tropa de sátiros, que siguiendo las huellas (*semata*; o quizá “pisadas”: *bemata*)¹³ de las vacas de Apolo no buscaban sino la libertad y el oro que se les había prometido?

Seguir rastros embrollados, restaurar por un precio el orden alterado por el crimen, descifrar las invertidas pistas dejadas por Hermes...de esta complementaria enseñanza sofoclea se desprendería entonces, aparentemente, que todo ello no es sino labor de silenos, arte propio de gente primitiva, animalesca, gente pesimista y afecta a Dioniso. Gente, en otros términos, que a la temible *mechane* hermética pudiese oponer armas que, aun siendo de distinto linaje, tuvieran parecida efectividad. Pero el arsenal de Hermes, en principio, parece casar en todo con la naturaleza apolínea de su poseedor. En el nombre de “Hermes”, en efecto, el padre del platonismo, puesto a oficiar de etimólogo, pudo llegar a detectar —con discutible exactitud filológica, mas con excelente oído para su propia lengua— la relación profunda que este dios de la invención y de los traductores, este dios de caminantes e intermediarios, mantiene con la palabra. Es el *Crátilo*, evidentemente, quien documenta su conjetura:

“En realidad, parece que Hermes tiene algo que ver con la palabra al menos en esto, en que al ser “intérprete” (*hermenea*) y mensajero, así como ladrón, men-

11. De los “Himnos Homéricos” pueden consultarse las ediciones de T. W. ALLEN (*Homeri Opera*. T. V, Oxford University Press, 1912), T. W. ALLEN-W. R. HALLIDAY-E. E. SIKES (*The Homeric Hymns*, Oxford, 1936) y F. CASSOLA (*Inni Omerici*, Mondadori, Milán, 1975). Traducc. esp.: *Himnos Homéricos. La “Batracomiomaquia”*. Introducción, traducción y notas de Alberto Bernabé Pajares. Editorial Gredos, Madrid, 1988. El Himno “A Hermes”, en las pp. 131-174.

12. Vid.: Stefan RADT: *Tragicorum Graecorum Fragmenta*. Vol. 4: Sophocles. Vandenhoeck and Ruprecht, Göttingen, 1977, pp. 274-308.- Una traducción reciente, bajo el título de “Los Rastreadores”, en: SOFOCLES: *Fragmentos*. Introducciones, traducciones y notas de José María Lucas de Dios. Ed. Gredos, Madrid, 1983, pp. 152-178.- Cfr.: “Els Sàtirs Rastrejadors”. Text revisat i traducció de Manuel Balasch, en SOFOCLES: *Tragèdies*. Volum IV. Fundació Bernat Metge, Barcelona, 1964, pp. 122-138.

13. SOFOCLES: *Op. cit.*, v. 102. Radt (ed. cit., p. 282) propone, sin seguridad, *bemata*. Otros editores (Hunt) leen *semata*. Entre nosotros, Lucas de Dios opta por la primera lectura (*op. cit.*, p. 162), Balasch (*op. cit.*, p. 126) por la segunda.

tiroso y mercader, toda esta actividad gira en torno a la fuerza de la palabra. Y es que, como decíamos antes, el “hablar” (*eírein*) es servirse de la palabra y lo que Homero dice en muchos pasajes (*emesato* ‘pensó’, dice él) es sinónimo de ‘maquinar’ (*mechanesasthai*). Conque, en virtud de ambas cosas, el legislador nos impuso, por así decirlo, a este dios que inventó el lenguaje y la palabra (y *légein* es, desde luego, sinónimo de *eírein*) con esta orden: ‘hombres, al que inventó el lenguaje (*eirein emesato*) haríais bien en llamarlo *Eiremes*’. Ahora, sin embargo, nosotros lo llamamos *Hermes* por embellecer, según imagino, su nombre”¹⁴.

Música, palabra, habilidad para engañar (*dolées téchne*)¹⁵, dominio de las apariencias, tales son los poderes de Hermes. Sileno, por su parte, que tampoco desdeña, cuando se precisa, hacer alusión a su *lógos*¹⁶, prefiere aconsejar a los suyos que sigan otro método; y el órgano con el que logra vencer la argucia hermética es uno distinto, aunque no menos potente: la nariz, el olfato. “Rastreando con el olfato” (*rinelaton osm[aisi]*), guiado por el olfato pegado al suelo (*hyposmos en khro*)¹⁷, tal es el *trópos* y la *téchne* con los que la hilarante tropa pondrá al descubierto las trazas del dios. ¿Gruesas narices? ¿Un olfato sutil? En este punto, la imaginación del erudito parece querer volar hacia Nietzsche. Pero –nuestro legado es verdaderamente complejo, complejo y multilineal– sin salir del ámbito griego es también otra figura, y una figura que el tópico ha convertido en opuesta, la que también aquí parece hacernos una seña: ¿o por ventura no es Sócrates, en efecto, el que ahora nos muestra su rostro proverbial?. Ojos salientes, nariz chata, gruesos labios... de creer a Jenofonte, éstos eran los rasgos físicos del hijo de la partera¹⁸. Y por eso cabía concluir que su parecido era grande con los silenos, hijos de las Náyades¹⁹. La misma apreciación, se recordará el texto, que en su propio *Banquete* pone Platón en la boca de Alcibiades, sin más añadido que el de que es justamente al sátiro Marsias, aquél que no tuvo reparos en batirse con Apolo, a quien con mayor precisión se asemeja su semblante²⁰. Se trata, efectivamente, de un encantador, médico y nigromante²¹, que se atreve a tratar la dolencia del más bello, de Cármides, y capaz de hacer que los ojos del otro no puedan apartarse de él²². Pero se trata también, ante todo, de alguien

14. PLATON: *Crátilo*, 407e-408b. Se recoge la traducción de J. L. Calvo: *Diálogos*, II, Gre-dos, Madrid, 1983, p. 407.

15. *Himno a Hermes*, 76

16. *Los Rastreadores*, v. 166 (ed. cit., p. 165).

17. SOFOCLES: *Op. cit.*, vv. 94 (88) y 97 (91) (Radt, p. 281; Lucas de Dios, p. 162; Balasch, p. 126).

18. JENOFONTE: *Symposion*, V, 5-8

19. *Op. cit.loc. cit.*, 7.

20. PLATON: *Banquete*, 215a-d

21. PLATON: *Menón*, 80a

22. ENOFONTE: APOMNHMONEYMATA (*Memorables*), IV, II, 30.

interesado en la caza de la verdad²³; de un excelente perro de caza a quien complace sobremedida el examen en común de las cuestiones²⁴; que invita a Teeteto a “seguir” (*epakolouthéo*)²⁵ con la inteligencia una proposición hasta ver a dónde lleva, y cuya nariz, por ende, si es que la belleza tiene como criterio la adecuación a un fin, sería acaso, chata y todo como es, la más bella de todas, puesto que en su respingamiento permite a su dueño recibir los olores (*osmás*) provenientes de todas partes (*pántothen*)²⁶.

Sócrates, por quien juran los perseguidores de verdad, debió tener mucho de sabueso. Lo mismo que aquel Sherlock Holmes, consultor criminal y lógico aficionado, que sin compartir con él los caracteres físicos sí compartió con Sócrates, en cambio, cierta mezcla de insociabilidad y desvelo por sus semejantes, la pasión venatoria y un desconcertante equilibrio entre el saber y el no saber. Es más: al modo también del británico, nuestro personaje no debió de ser un sabueso cualquiera, sino un sabueso audaz y terrible, que arriesgó su suerte en una doble cacería, la más peligrosa de todas: la caza de hombres (*thera anthropon*)²⁷, y aquel prestarle atención a un signo que, aun invisible para todos, y sólo audible para él, no dudó nunca en calificar de divino. Siempre resultará difícil averiguar si Sócrates corrompió o no a la juventud ateniense; tampoco sabremos nunca con certeza si realmente introdujo o no dioses nuevos en la Ciudad; ni si quiso verdaderamente, como proponía Aristófanes, el San Aristófanes de Nietzsche²⁸, sustituir a Zeus por Torbellino²⁹ —o por nadie—. Sólo nos cabe —eso sí— conjeturar el hecho de que, para muchos de sus conciudadanos, Sócrates llevó su investigación por derroteros que no parecía sensato frecuentar. En efecto: tiene razón Jenofonte cuando, en una página admirable por su sencillez, se extraña de la condena a un hombre que, en definitiva, creyó lo que todos. Y sin embargo, es él mismo quien, inadvertidamente o no, nos aclara a renglón seguido cuál era la íntima esencia de aquel debate mortal: “Pues éstos no suponen que los pájaros ni

23. Fedón, 66c.

24. Vid., entre otros muchos pasajes, *Cármides*, 158d, *Critón*, 48d, *Menón*, 80d, *Teeteto*, 151e...etc.

25. PLATÓN: *Teeteto*, 152b

26. JENOFONTE: *Symposium*, V, 6.

27. JENOFONTE: *Memorabilia*, II, VI, 29.

28. NIETZSCHE: *Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft*, en *Nietzsche Werke. Kritische Gesamtausgabe*. Herausgegeben von Giorgio Colli und Mazzino Montinari, W. de Gruyter, Berlín, 1968. Sechste Abteilung, Zweiter Band; pgfo. 232, p. 177 (traducc. española: *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial, Madrid, 1972, p. 182).

29. ARISTÓFANES: *NEPHELAI (Las Nubes)*, 380. Vid.: *Aristophanis Comoediae*. F. W. Hall y W. M. Geldart eds. Oxford University Press, 1900. T. I, p. 125 (traducc. esp.: *Las nubes. Lisístrata. Dinero*. Introducción, traducción y notas de Elsa García Novo. Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 55).

los que salen al encuentro saben las cosas que convienen a los consultantes, sino que los dioses las significan por mediación de éstos; y eso mismo pensaba él. Pero el vulgo, por su parte, dice que tanto pájaros como personas encontradas al azar lo mismo les persuaden que les disuaden. Sócrates, en cambio, hablaba según su conocimiento: pues decía que la divinidad le enviaba una señal”³⁰. También el pueblo de Atenas, también *hoi polloí* ponían su confianza en voces y en dichos. También ellos creían ver signos anticipadores del futuro, un futuro ya conocido por la divinidad, en oráculos y presagios, vaticinios y augurios. Pero acaso se trataba de que para ellos eran efectivamente las aves las depositarias del poder de los dioses (*dynamis ton theon*)³¹; de que “sus” signos, signos para dioses con pretensión de visibles³², no podían ser más que públicos y visibles. Y que, frente a ellos, si Sócrates hablaba de un “signo” o “señal” (*tò semeíon*)³³, el signo “divino” (*tò daimónion semeíon*)³⁴, el signo usual (*tò eiothòs semeíon*)³⁵ en él “desde niño” (*ek paidòs*)³⁶, lo que acertó a decir de esa “señal del dios” (*tò tou theoù semeíon*)³⁷, de ese “algo divino y demoníaco” (*theíon ti kai daimónion*)³⁸, es que llegaba a ser una voz (*phone*)³⁹ “de Dios”⁴⁰ que de siempre mantuvo –particularmente en forma admonitoria y prohibitiva– una relación exclusiva con él⁴¹. Un secreto ministro, pues, tan individual como invisible, a cuyo sacerdote los viejos dioses, los dioses que garantizaban ya la exterioridad de lo divino, ya la divinidad de lo exterior, nunca pudieron ver con buenos ojos –y menos aún sus partidarios–⁴².

Oficio de silenos, pues, este de investigar y descifrarlo todo, de descifrar incluso lo invisible e inaudible que sólo a mí se me manifiesta. Y oficio en el que, por lo mismo, el riesgo que se corre de servir de chivo expiatorio no es en

30. JENOFONTE: *Memorabilia*, A, I, 2-4.

31. JENOFONTE: *Apología de Sócrates*, 13.

32. JENOFONTE: *Memorabilia*, D, III, 13.

33. PLATON: *Apología*, 41d.

34. PLATON: *República*, 496c

35. PLATON: *Apología*, 40c.- Cfr.: *tò eiothòs semeíon tò daimónion* (*Eutidemo*, 272e); *tò daimónion te kai tò eiothòs semeíon* (*Fedro*, 242b); *gégone gár moi tò eiothòs semeíon tò daimonion* (*Teages*, 129b)

36. PLATON: *Apología*, 31d.

37. PLATON: *Apología*, 40b.

38. PLATON: *Apología*, 31c-d.

39. PLATON: *Apología*, 31d: *phonè tis gignoméne....*- Cfr.: *...kai tina phonèn èdoxa autóthen akousai...* (*Fedro*, 242b); *...kai moi egéneto he phoné...* (*Teages*, 129b).

40. JENOFONTE: *Apología*, 12: *...légon hoti theoù moi phonè pháinetai semainousa ho ti khre poieîn.*

41. PLATON: *Apología*, 31d.

42. JENOFONTE: *Memorabilia*, D, III, 9.- Cfr.: *...hos pháite Sokrátes tò daimónion heautò semainein...* (*Id.*, A, I, 2).

absoluto despreciable. Pero ¿puede acaso evitarse el peligro? Quiero decir: Sócrates, Edipo, Holmes, ¿representan acaso otra cosa que nuestro mismo modo de arreglárnoslas con lo que hay? ¿Cuánto tiempo hace que el médico ausculta el pecho de su paciente, se inclina sobre su orina o palpa en su muñeca el incansable aleteo de su pulso? Tarea de conocimiento es la del médico, tarea de “diagnosís” de la enfermedad invisible a través de síntomas visibles; y tarea que se rige por reglas precisas, las primeras bien básicas para el médico hipocrático: conocer (*gnonai*) las características naturales (*tàs physias*) de las enfermedades y en qué pueden estar por encima de la resistencia (*dynamis*) de los cuerpos; buscar acaso la presencia o no, en las enfermedades, de “algo divino” (*ti theïon*); aprender a prevenir; y, “en las enfermedades agudas hay que observar atentamente esto: en primer lugar, el rostro del paciente, si es parecido al de las personas sanas, y sobre todo si se parece a sí mismo” (*ei homoiôn esti toîsi ton hygiainônton, málista dé, ei autò heouto*)⁴³. Pero no para aquí la cosa: ¿cuánto tiempo hace, añadimos ahora, que los tribunales persiguen al causante, al responsable, a aquel de quien puede predicarse la autoría de un acontecimiento criminal? ¿Cuánto tiempo hace que el cazador infiere de la rotura de una rama que un animal de tal porte y en tales condiciones físicas pasó por allí hace exactamente tantos días, tantas noches?⁴⁴ ¿Cuánto hace que pretendemos averiguar el destino leyéndolo en esquemas que —creemos— nos lo dibujan a escala bien en el cielo, bien en la tierra, bien en las entrañas de los hijos de la tierra?⁴⁵ ¿Cuánto hace que con el Platón del “Timeo” fijamos nuestra atención en el hígado, ese órgano oscuro, brillante y liso, indivisible, en el que parece residir el poder de adivinación?⁴⁶ ¿Cuánto hace que conjeturamos el cariz de lo ausente con ayuda del que manifiesta lo presente, cuánto hace que tratamos de descifrar las causas a partir de los efectos, de descubrir lo que no sabemos a partir de lo que sabemos, de remontar el río y rehacer hacia atrás el probable curso de los acontecimientos? ¿Cuánto hace que suponemos que no hay milagros; que nada dice miedo si como es aquí

43. Así se lee en las primeras líneas (I, 19-22) de “El Pronóstico” (*PROGNOSTIKON*), uno de los tratados pertenecientes al *Corpus Hippocraticum*. Kühlewein y Jones (ed. Loeb, vol. II, p. 8) consideran interpolada la frase relativa al “algo divino”. El texto entecomillado recoge la traducción de Carlos García Gual para Editorial Gredos: *Tratados Hipocráticos*, I, (Madrid, 1983), pp. 329-330.- Sobre estos temas, vid.: Pedro LAIN ENTRALGO: *La medicina hipocrática*. Alianza Universidad, Madrid, 1970.

44. Vid.: Carlo GINZBURG: “Morelli, Freud, and Sherlock Holmes: Clues and Scientific Method”, en *The Sign of Three. Dupin, Holmes, Peirce*. Edited by Umberto Eco and Thomas A. Sebeok. Indiana University Press, Bloomington, 1983, pp. 81-119 (traducc. esp.: *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Traducc. de E. Busquets. Lumen, Barcelona, 1989, pp. 116-164).

45. Vid.: VV. AA.: *Divination et Rationalité*. Editions du Seuil, París, 1974.

46. Vid.: Luc BRISSON: “Du bon usage du dérèglement”, en *Divination et Rationalité*, cit., pp. 220-248.- Cfr.: *Timeo*, 71a3-72c1.

y arriba también debe ser allí y abajo; si lo que ayer vino tras lo de anteaayer se parecerá en todo a lo que pasado mañana venga tras lo de mañana? ⁴⁷ ¿Tanto, acaso, como hace que somos lo que somos?

Acerca de un mundo que no sea este bosque, esta materia antiquísima en la que abrimos claros y buscamos estrellas que nos orienten, atentos el ojo y el oído a interpretar los más fugaces indicios, poco podríamos decir. Pero este bosque nuestro, lastre de nuestra singladura, sí lo conocemos bien. Y en él esperamos continuamente que se cumpla lo que un cierto Leibniz, a quien no disgustaba apostar sobre hojas de árbol, llegó a formular con toda nitidez, pero sin hacer otra cosa que recoger una añosa condición del ojeador: que siempre habrá un por qué. Principio de todos los principios, éste de razón. Principio de inteligibilidad, en el que de antemano ha puesto su confianza no sólo el científico, sino todo aquel que pretenda averiguar, por ejemplo, qué “quieren decir” estas marcas desasistidas de su autor ⁴⁸; qué podrá satisfacer una incógnita; quién mató, durante el sueño, al viejo lord ⁴⁹; o qué conflicto anterior e interior trata de expresarse a través de la anómala conducta de este vienés enfermo que ahora se tiende en el diván. Y es que, como aún no hace mucho expresó un pensador, en el mundo hay algo que nos fuerza a pensar: a saber, aquello que no se puede sino sentir. Algo sin duda paradójico (habida cuenta de que nunca podrá ser objeto de sensación), pero del cual conviene decir, ante todo, que no es cualidad, sino signo. No un ser sensible, sino el ser *de lo* sensible: el objeto de un encuentro fundamental que nunca podrá, por lo mismo, ser objeto de reconocimiento empírico; y cuyo encuentro lleva consigo toda la fuerza de lo problemático, del constante desafío que nos lleva, solución tras solución, a no dejar nunca de aprender ⁵⁰.

En efecto: durante mucho tiempo, una interpretación altamente difundida del proceso de conocimiento (se diría incluso que dominante), ha tendido a no considerar significativas, de entre las innumerables fibras que concurren en ese haz, más que aquellas por las que circulan las conexiones causales de tipo deductivo, o conexiones “si A, entonces B”, en las que la anterioridad tanto lógica como cronológica de “A” sobre “B” vendría a traducirse, según los casos, en la diversa primacía epistemológica que la causa tendría sobre el efecto, el antecede-

47. SOFOCLES: *O. R.*, vv. 915-917.

48. Vid.: J. DERRIDA: “Signature Événement Contexte”, en *Marges - de la philosophie*. Les Editions de Minuit, París, 1972, pp. 365-393 (traducc. esp.: *Márgenes de la filosofía*. Traducc. y presentación de Carmen González Marín. Cátedra, Madrid, 1989, pp. 347-372).

49. Vid.: Thomas A. SEBEOK and Jean UMIKER-SEBEOK: “‘You Know My Method’: A Juxtaposition of Charles S. Peirce and Sherlock Holmes”, en *The Sign of Three*, cit., pp. 11-55.

50. Gilles DELEUZE: *Différence et Répétition*. Presses Universitaires de France, París, 1968, pp. 182-217 (traducc. esp.: *Diferencia y Repetición*. Traducción de A. Cardín. Júcar, Madrid, 1988, pp. 236-272).

dente sobre el consecuente, el fundamento sobre lo fundado y la condición sobre lo condicionado —en última instancia, el pasado sobre el presente que, suponemos, surge de aquél y por aquél—. Y es obvio que este poder productivo, este poder de despliegue y obtención de consecuencias a partir de un principio hipotético, supuesto o presupuesto, forma parte importantísima del arsenal cognoscitivo. A mi juicio, sin embargo, la teoría del conocimiento que con la aclaración de estos aspectos considere acabada su tarea analítica corre un serio riesgo de omitir lo principal. Porque no es sólo que este sumario esquema no arroje apenas luz sobre una cuestión que afecta a su propia condición de posibilidad, a saber, la pregunta por el origen, fundamento y modo de originación *de las propias hipótesis, principios o proposiciones, en cuanto tales*, de las que arranca la deducción. Es, sobre todo, que semejante consideración de las cosas desatiende la explicación —inexcusable a juicio de muchos— de esa extraordinaria capacidad cognoscitiva, la capacidad de deducir causas a partir de efectos, sin cuya aclaración quedan oscuros no sólo fenómenos cognoscitivos de índole compleja, sino, sencillamente, la razón de la supervivencia de una especie que ha sido entregada a vivir en el mundo. Un mundo, permítaseme insistir en ello, tan acogedor como hostil. Tejido con signos, pero signos activos, fuertes, máquinas incansables de producción de efectos. Un mundo hecho de duras apariencias cortantes, de simulacros poderosos, donde nada resulta más caro que un simple error de lectura.

En la historia de la reflexión contemporánea en torno al problema del conocer, es especialmente en la obra de un pensador de talla, Charles Sanders Peirce, donde estos y otros muchos interrogantes han encontrado lugar y atención rigurosa. Pues este lógico tan erudito como creador, que no dejó nunca de perseguir por doquiera el inexorable hilo de la logicidad, trató de no ser nunca tan ciego a lo que tenía ante los ojos como para no darse cuenta de que el habitual y antiguo distingo entre dos formas complementarias y opuestas de razonamiento, a saber, la Inducción y la Deducción, no podía dar cuenta, por sí sólo, de todas las posibilidades de inferencia abiertas a la comprensión. Junto a ellas, en efecto, debía reconocerse a su juicio la presencia de una tercera clase de razonamiento, sin duda peculiar en su desarrollo, pero tan rigurosa como cualquiera de las otras dos, a la que vino a referirse con distintos pero en definitiva coincidentes nombres: Abducción, Retroducción o, simplemente, Hipótesis ⁵¹.

51. Charles S. PEIRCE: *Collected Papers* (en siglas: *C. P.*, seguidas de una cifra cuyo primer numeral representa el número del volumen, y los siguientes el de los párrafos correspondientes). Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1931-1958. VIII vols. Edited by Charles Hartshorne and Paul Weiss (vols. I-VI) y Arthur W. Burks (vols. VII-VIII).- Recientemente se ha puesto en marcha una edición cronológica de los textos de Peirce: *Writings of Charles S. Peirce*. Max H. Fisch *et alii* eds. Indiana University Press, Bloomington, 1982- , de la que hasta ahora se han publicado cuatro volúmenes (en siglas, *W*, seguido del número del volumen y la página

Sería difícil exagerar la importancia que la admisión de esta tercera forma de razonamiento vino a tener en los textos de nuestro autor. Unánimemente, la crítica reconoce que Peirce ha pasado a la historia como el padre del pragmatismo, especialmente del pragmatismo en su versión pragmaticista; pero siendo esto cierto, se impone recordar que, a sus ojos, el pragmatismo no era en realidad otra cosa que la lógica de la abducción⁵². Quien dice pragmatismo, en efecto, dice tanto como teoría acerca de la posibilidad de regimentar el primer e imprescindible paso en toda investigación científica⁵³, esto es, la admisibilidad misma, en cuanto hipótesis, de las hipótesis en juego. Y quien dice máxima pragmática dice –al menos en una de las formulaciones más superficiales, aunque también más efectivas de la misma– tanto como una regla destinada a mostrar la ineffectividad de toda distinción conceptual que no comporte una distinción significativa en el ámbito de la práctica. Ahora bien, en la explicación peirceana del proceso de conocimiento, ésta es justamente la función desempeñada por el razonamiento abductivo⁵⁴. Pues es efectivamente el caso que en dicha sistemática debe entenderse por tal, ante todo, la adopción a título provisional de una hipótesis, adopción hecha bajo el supuesto de que toda posible consecuencia de dicha hipótesis resulta susceptible de verificación experimental⁵⁵.

Abducción y pragmatismo, por tanto, poseen en común ese rasgo de la orientación hacia el futuro que de siempre ha dominado en las interpretaciones de nuestro autor. Si a algo atienden, en efecto, es a recoger una sorprendente capacidad de la mente: el poder de calibrar el valor explicativo de una conjetura en función de las consecuencias prácticas a que su aplicación daría concebiblemente lugar. Desde los inicios de su carrera, Peirce había llegado al convencimiento de que la mente humana no es sola y exclusivamente capaz de construir silogismos que 1) tienen por premisa mayor una regla de la naturaleza, una ley conocida o una verdad general dada; 2) en su premisa menor colocan un caso bajo la mencionada ley; y 3) en su conclusión aplican dicha regla al caso, obteniendo así el resultado. La mente humana, en otros términos, no es únicamente capaz de aseverar que todos los integrantes de una colectividad unificada por la atribución de un o varios caracteres deben ostentar dichos caracteres. Obvio es que deducimos, pero también lo es que inducimos, esto es, que de la concurrencia de un caso (un cierto número de elementos forman parte de una colección) y de un resultado (los mencionados elementos comparten un carácter determinado)

correspondiente): *C. P.*, 1.65, 2.666, 5.144-5, 2.461 y ss., 5.590...etc. Vid.: K. T. FANN: *Peirce's Theory of Abduction*. Martinus Nijhoff, The Hague, 1970.- Angel HERRERO: *Semiótica y Creatividad. La lógica abductiva*. Palas Atenea, Madrid, 1988.

52. *C. P.*, 5.180 y ss.- 5.195 y ss.

53. *C. P.*, 6.469 y ss., 7.218.

54. *C. P.*, 5.196.

55. *C. P.*, 1.68.

tenemos el poder de inferir la regla (a saber: que dicho carácter resultará atribuible a todos los miembros de la colección). Estos poderes son admirables. Pero el hombre de ciencia, en rigor, no tiene más meta de sus esfuerzos que la naturaleza misma a todo lo ancho de su despliegue. Y el caso es que habitualmente concebimos, sí, a la Naturaleza haciendo perpetuamente deducciones en *Barbara*. Silogismos cuyas reglas, o premisas mayores, son las leyes de la naturaleza; los términos medios, la ocurrencia de *causas*, esto es, los casos que surgen bajo esas leyes; y las conclusiones, por último, los efectos de tales ocurrencias en virtud de las leyes naturales. Ahora bien: si ello es así, es doctrina de Peirce, en este contexto, que siendo propio de la inducción el descubrimiento de las leyes, y materia del poder deductivo la predicción de los efectos, asunto en cambio de la inferencia hipotética es el descubrimiento de las causas⁵⁶. De estos tres poderes imprescindibles, pues, quizá resulte más necesario que ninguno este tercer poder que ahora perseguimos, en cuya virtud el inmenso número de *sorpresas* que de continuo nos depara el mundo va siendo constantemente reducido a razón: es decir, a previsión, a unidad. Hay hipótesis, en efecto, cuando habiendo tropezado con un hecho más o menos desconcertante, más o menos inesperado, aceptamos a título de supuesto la realidad de un principio general operativo; un principio cuya validez despojaría inmediatamente a tal hecho de su extrañeza inicial⁵⁷. Hay hipótesis, en otros términos, cuando encontrándonos en presencia de una colección de elementos que comparten ciertos caracteres, y al tiempo con un conjunto menor de individuos que también poseen esos caracteres, conjeturamos espontáneamente, y como por (un) instinto (de verdad), que dichos individuos forman parte igualmente del conjunto original: expresándolo más formalmente, cuando inferimos un caso a partir de una regla y de un resultado⁵⁸. Esa es la razón de que la hipótesis, en la terminología peirceana, resulte equivalente a la retroducción. Y es que poniendo en marcha el mecanismo abductivo apostamos por la realidad de reglas cuya validez convertiría en inteligibles, por necesarias, las azarosas circunstancias del mundo. Así que el primer paso que damos, nosotros los animales lógicos, en nuestro infinito camino hacia la comprensión total, es este razonamiento retroductivo que nos lleva, a la inversa de nuestra habitual ruta posterior, de los efectos a sus causas⁵⁹, de lo meramente observado a aquello otro distinto e inobservado que, sin embargo, daría cuenta –y así lo comprobaremos por inducción– de lo observado y extraño que, ahora, se nos trasmuta en mera consecuencia lógica de un principio general⁶⁰.

56. *C. P.*, 2.713.

57. *C. P.*, 2.624 (*W.*, 3, 326).

58. *C. P.*, 2.620-2.623 (*W.*, 3, 323-326); 1.89.

59. *C. P.*, 2.636 (*W.*, 3, 332).

60. *C. P.*, 2.636 (*W.*, 3, 322); 2.640 (*W.*, 3, 335-6); 2.642 (*W.*, 3, 336-337); 2.786.

Nadie que pare mientes, sin embargo, en la universalidad del planteamiento peirceano podría creer que éste, cuando habla de abducción, hace referencia exclusivamente a un mecanismo especializado, restringido, sin otra función que la de reducir la desconcertante multiplicidad azarosa de objetos ya constituidos en su unidad a la inteligibilidad de una ley que los convierta en simples casos de su aplicación. Se trata, antes bien, de un poder de unificar, esto es, de hacer inteligible lo disperso, que a juicio de nuestro autor opera ya desde los primeros escalones sensibles de nuestro trato con lo real: allí donde en virtud del mismo esquema argumentativo se constituye, a título de referente común de una multiplicidad de percepciones, la propia unidad de los objetos. Es pues por hipótesis, y no por deducción ni por inducción, como reducimos a unidad, una unidad que no nos cansamos de intensificar⁶¹, la indomable multiplicidad del mundo. Indomable puede llegar a ser, por cierto, el número de predicados que corresponde atribuir a un sujeto. Pero si ese mismo número de caracteres corresponde igualmente a un sólo término, dicho término cabrá también aplicarlo al sujeto que ha mostrado poseer tales caracteres⁶². De esta forma, el argumento hipotético sustituye en su conclusión una complicada multiplicidad de predicados por un concepto único, un sólo predicado que al menos los involucre a todos, reduciendo así lo múltiple a la unidad⁶³. Por ello es por lo que todo concepto es, para Peirce, una suerte de pequeña teoría. Por ello es, también, por lo que pudo escribir aquello de que si la inducción produce el elemento *habitual* del conocimiento, es la abducción, por contra, la que produce su elemento *sensual*⁶⁴. Inferencia sintética, pues, ésta que analizamos: método ordenado a formar una predicción general cuya garantía no pasa de la meramente probable que ofrece la inducción a partir de la experiencia del pasado, pero que no por ello deja de constituir –y tal es su justificación– la única esperanza que tenemos de regular racionalmente nuestra conducta⁶⁵.

Inferencia sintética, decimos, y ello significa tanto como similar a la inducción⁶⁶. Más todavía que ésta, puesto que se trata, para Peirce –y en esto no cabe la duda, los testimonios abundan– de la única forma posible de razonamiento ori-

61. *C. P.*, 7.521.

62. *C. P.*, 2.515 (*W.*, 2, 48).

63. *C. P.*, 5.276; 2.643 (*W.*, 3, 337); 2.511 (*W.*, 2, 46).- Vid.: Christopher HOOKWAY: *Peirce*. Routledge and Kegan Paul, London, 1985, p. 31. La referencia 2.511 citada pertenece a un texto de 1867: "On the natural classification of arguments" (*C. P.*, 2.461-2.517; *W.*, 2, 23-48) recientemente traducido al esp.: Charles S. PEIRCE: *Escritos lógicos*. Introducción, selección y traducción de Pilar Castillo Criado. Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 34-64.

64. *C. P.*, 2.643 (*W.*, 3, 337).

65. *C. P.*, 2.270.

66. *C. P.*, 2.623 (*W.*, 3, 327).

ginario, la única clase de argumento capaz de dar origen a una nueva idea⁶⁷. La deducción, inferencia de tipo analítico, nunca podría explicar por sí sola nuestro perpetuo engendrar teorías y arriesgar conceptos⁶⁸. Nunca podría explicar, en otras palabras, nuestro sempiterno poder de aceptar hipótesis a título, únicamente, de *interrogación*⁶⁹. Y cierto es que Peirce, permítasenos insistir en ello, nunca se cansó de advertir que, a pesar de las apariencias, este proceso de gestación de conjeturas no carece de reglamentación:

“Mucho antes de que yo clasificara por vez primera la abducción como una inferencia los lógicos habían reconocido que la operación de adoptar una hipótesis explicativa –que es lo que es la abducción– estaba sometida a ciertas condiciones. Especialmente, la hipótesis no puede admitirse, incluso como hipótesis, a menos que se suponga que daría cuenta de los hechos o de algunos de ellos. La forma de la inferencia, por lo tanto, es esta:

Se observa el hecho sorprendente, C.

Pero si A fuese verdadero, C sería algo común y corriente.

Por tanto, hay razón para sospechar que A es verdadero.

Así pues, A no puede ser abductivamente inferido o, si prefieren la expresión, no puede ser abductivamente conjeturado a menos que su entero contenido no esté ya presente en la premisa ‘si A fuese verdadero, C sería algo común y corriente’”⁷⁰.

A buen seguro, decimos, todas estas cosas resultan ciertas para Peirce. Pero tampoco lo es menos que el interrogar, a su vez, no puede basarse sino en una suerte de abducción fundamental y primaria, a saber, la sospecha o conjetura de que los hechos admiten racionalización (y racionalización por nosotros)⁷¹. La sospecha o conjetura de que entre la luz natural de la mente –sombras de Galileo⁷²– y las leyes que rigen el desenvolvimiento del mundo hay una afinidad previa y primaria, una inequívoca comunidad de fondo⁷³. ¿Cómo explicar de otro modo, si el experimento no es otra cosa que abducción⁷⁴, el sorprendente éxito de la investigación regulada? ¿Cómo explicar el hecho de que de entre las innumerables hipótesis explicativas a que la mente puede en principio apelar para fundamentar un sólo hecho, sean automáticamente sólo las pocas que tienen alguna posibilidad previsible de éxito las que de inmediato formula aquélla? Más aún: ¿cómo explicar, si no es por la presencia de una íntima y fundada regulari-

67. C. P., 2.96-7, 2.777.

68. C. P., 5.590.

69. C. P., 6.528.

70. C. P., 5.189.

71. C. P., 7.219.

72. C. P., 1.80-1.81, 1.630, 6.476-7.

73. C. P., 2.776, 1.121.

74. C. P., 5.581.

dad, el constante y provechoso uso que hacemos de esta suerte de magia que nos conduce de lo visible a lo invisible; de lo observado a lo inobservado —o inobservable—; de la experiencia a la explicación?

En apoyo de esta línea argumentativa, Peirce no se sintió nunca huérfano de ejemplos: si por abducción, escribe, no quiere mencionarse otra cosa que el mecanismo mismo de la *explicación*, que convierte lo inusitado en previsible⁷⁵, por abducción es como deben justificarse no sólo multitud de inferencias triviales, cotidianas, cuyo desciframiento convierte a todo hombre en un pequeño detective, sino también conjeturas de más alto bordo: ¿o no es claramente abductivo el razonamiento que de la presencia de fósiles marinos en el interior de un continente infiere el hecho, inasequible ya a la observación directa, de que tales tierras debieron estar en otro tiempo cubiertas por el agua?⁷⁶ En términos aún más generales, la abducción justifica la biología, la geología y toda la ciencia histórica: “incontables documentos y monumentos hacen referencia a un conquistador llamado Napoleón Bonaparte. Aunque no le hemos visto, no podemos, sin embargo, explicar lo que hemos visto, esto es, todos esos documentos y monumentos, sin suponer que realmente existió”⁷⁷. Ciencia enteramente hipotética, inferencia de hechos no susceptibles de captación directa⁷⁸, ¿qué fundamenta pues la historia? Nada, si nos ceñimos a un criterio estrictamente empirista de significación epistémica (Peirce, a quien el tiempo no permitió conocer la obra del Círculo de Viena, sí pudo tomar contacto con la de otros muchos “positivistas”; reléanse sus comentarios). O todo, si es que uno está dispuesto a transitar el camino de las justificaciones *à la Kant*: esto es, cuando se acepta el hecho de que la existencia de tal poder adivinatorio⁷⁹ en el hombre es la única condición pensable de posibilidad de los pasos dados en el camino del conocimiento (y más aún, insistamos en ello, en el del mismo vivir). Pues si la deducción obtiene conclusiones que la inducción verifica, ninguna de tales operaciones podría ni aun siquiera arrancar sino sobre la base de una previa sugerencia, razón de su despliegue que a su vez, subraya expresamente Peirce, no puede sino carecer de razón⁸⁰.

Creemos en los hechos que no vemos porque su presencia explicaría los efectos, que sí vemos, de tales hechos. Lo creemos, al menos, a título provisional

75. *C. P.*, 7.202.

76. *C. P.*, 2.625 (W, 3, 326)

77. *Ibid.*

78. *C. P.*, 2.511n (W, 2, 45), 2.642, 2.714.

79. *C. P.*, 2.86, 6.477.

80. *C. P.*, 5.171: “Abduction merely suggests that something *may* be. Its only justification is that from its suggestion deduction can draw a prediction which can be tested by induction, and that, if we are ever to learn anything or to understand phenomena at all, it must be by abduction that this is to be brought about. No reason whatsoever can be given for it, as far as I can discover; and it needs no reason, since it merely offers suggestions”.

y problemático, conjetural⁸¹. Esta hazaña, ¿no muestra ya por sí sola, sin embargo, que los caminos de la naturaleza y los caminos de la mente tienden a acordarse entre sí? ¿Que debe haber un instinto soterrado en la mente que desde el principio impregna de razón su capacidad de conjetura⁸², su poder de adivinar soluciones? Peirce, al menos, así lo creyó siempre; es por ello por lo que habló de de “conjeturas espontáneas de la razón instintiva”⁸³. Y nunca dejó de rendir tributo de admiración, en consecuencia, a esta peculiar “lógica” de la invención y del descubrimiento, la más común y a la vez la más misteriosa de todas: ese súbito retroceder intuitivo⁸⁴ que discierne en el consecuente las huellas del antecedente⁸⁵; potencia de intuir ley y necesidad allí donde ya no es la semejanza entre hechos el fundamento de su sucesión⁸⁶.

Remontamos pues el río, de continuo rehacemos el camino hacia atrás. Oficio de sileno, dijimos. Oficio de secuaces, que si persiguen en el presente las consecuencias del pasado es por conseguir, así, el subsiguiente futuro. Y ahora, de la mano de Peirce, hemos añadido: oficio inexcusable, oficio de superviviente, tarea de conocedor. Oficio de los que preguntan como médicos, leen entre líneas y miran las manos: de cazadores perversos y adivinadores de almas⁸⁷. Buscadores del significado, para los que ningún presente es insignificante, y sobre toda cosa aplican el cuchillo (ese filo antiquísimo con el que se hiere y se marca, se discierne y se quiebra). Tal sería nuestro juego: ir de lo conocido a lo desconocido, y desde lo desconocido, ahora (mejor) conocido, retroceder otra vez a lo conocido. Juego que sabemos sin principio ni final, juego de conocimiento cuyo comienzo es ya un inferir. Nos reclama el sentido. Y por el sentido, dirección y horizonte, aura y secuela de los fenómenos, lo exterior y sensible se hace tropo de otras cosas: lugar de paso en el que la totalidad se concentra. Dotado así de sentido, lo sensible adquiere referencialidad, apertura; y con esa misma tensión hacia lo otro, adquiere inteligibilidad. Y es que siguiendo los rastros y abriendo los cuerpos, narrando una historia o escrutando el entorno, es sólo lo inteligible lo que buscamos: aquel poder ausente por el efecto de cuya presencia, diferida e indirecta, tratamos de dar cuenta de lo que hay.

Ahora bien: si es lo inteligible nuestra presa, ¿hasta dónde llegan, en rigor, los límites de nuestro cazadero? ¿Y exactamente qué tipo de fieras esperamos

81. *C. P.*, 2.786.

82. *C. P.*, 2.638 (W, 3, 334).

83. *C. P.*, 6.475.

84. *C. P.*, 5.181.

85. *C. P.* 6.469.

86. *C. P.*, 2.636, 2.640 (W, 3, 332, 335-6)

87. F. NIETZSCHE: *Op. cit.*, *Vorrede*; pgfo. 3; *Aus hohen Bergen*; pgfo. 269 (ed. cit., pp. 4, 11, 254 y 232; traducc. esp., *cit.*, pp. 18, 23, 258 y 237).

encontrar? Quiero decir: lo inteligible ¿es sólo lo no observado pero observable –por todos–? ¿O por tal habría que entender aquello que nunca podrá ser objeto de captación? Y en cuanto a lo sensible: ¿responde sólo a ese nombre lo exterior y observable por todos, o daremos también carta de ciudadanía –incluso privilegiada– al signo invisible y privado, a la incompatible voz interior? Dicho en otros términos: ¿griremos por cuatro veces *theós* cuando, al modo de sátiros inquisidores, encontremos la ansiada estela de un animal? ⁸⁸ ¿O sólo al sentir en nosotros esa pura intensidad de una voz que, al pronto, no puede ser extendida frente a los ojos de los demás? (Después de todo, ya el propio Homero lo había advertido –*Ilíada*, A, v. 63–: también el sueño proviene de Zeus...).

¿Se entiende el dilema? ¿O conviene precisarlo una vez más? Supongamos que sí, y arriesguemos todavía una formulación. Por ejemplo ésta: nuestra pesquisa ¿arranca de lo visible o de lo invisible? Y cada uno de estos caminos, a su vez: ¿nos conduce a lo invisible? ¿Nos remite de nuevo a lo exterior y visible? ¿O más bien sucede que ni lo uno ni lo otro, sino que el nuestro es el camino diagonal: la ruta del claroscuro que continuamente se desplaza y cruza (siempre más allá de cualquier frontera, siempre más acá de cualquier mediana) el doble campo de esa partición?

Hubo un tiempo, lo mencionamos páginas atrás, que debatió estas cuestiones en un terreno resbaladizo: el terreno en el que se dirimen los caracteres de lo divino y, consecuentemente, las pretensiones a la divinidad. ¿Litigio superado, pues? Puede que sea así. Salvo que aquí, en el fondo, no se debata más problema que el de la relación entre lo sensible y lo inteligible; y profundamente entremezclado con él, el del individuo y el género, lo común y lo singular. Pero vistas así las cosas, no es sólo que nuestra caza, en esto, no haya hecho sino comenzar. Es que tampoco sabemos siquiera adónde nos puede conducir. Leibniz, a quien también arriba se mencionó de pasada, pudo poner su confianza en la gloria de Dios, y en el necesario triunfo final de una armonía ya siempre planeada, irresistible, que no es en rigor otra cosa que la propia consistencia de la realidad. Y científicos ilustrados, junto con los detectives imaginados por ellos, apoyarían con todas sus fuerzas semejante postulación. Pero ¿por qué no Conrad? ¿Por qué no habría de ser más cierto que, caso de aguardarnos algo, nos aguarda ya siempre el horror? ¿Que en el corazón de lo descifrado alienta la tiniebla? Más de un investigador, cazador atento a los signos, parece abrirse a veces al poder de esta cuestión. Sólo que en él anida la inquietud. Nunca su señal, por tanto, nunca su enfermedad divina podría permitirle dejar de buscar, dejar de indagar, dejar de seguir los rastros del huidizo conocer.

88. SOFOCLES: *Los Sátiros Rastreadores*, v. 100 (Radt, p. 282; Lucas de Dios, p. 162; Balasch, p. 126).